

Gi
EUSKAL-ERRÍA

REVISTA BASCONGADA





REVISTA BASCONGADA

HISTORIA—LITERATURA—ARTE

FUNDADOR

JOSÉ MANTEROLA

DIRECTOR

Francisco López-Alén

ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LAS RR. AA. DE LA HISTORIA
Y DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, ETC., ETC.

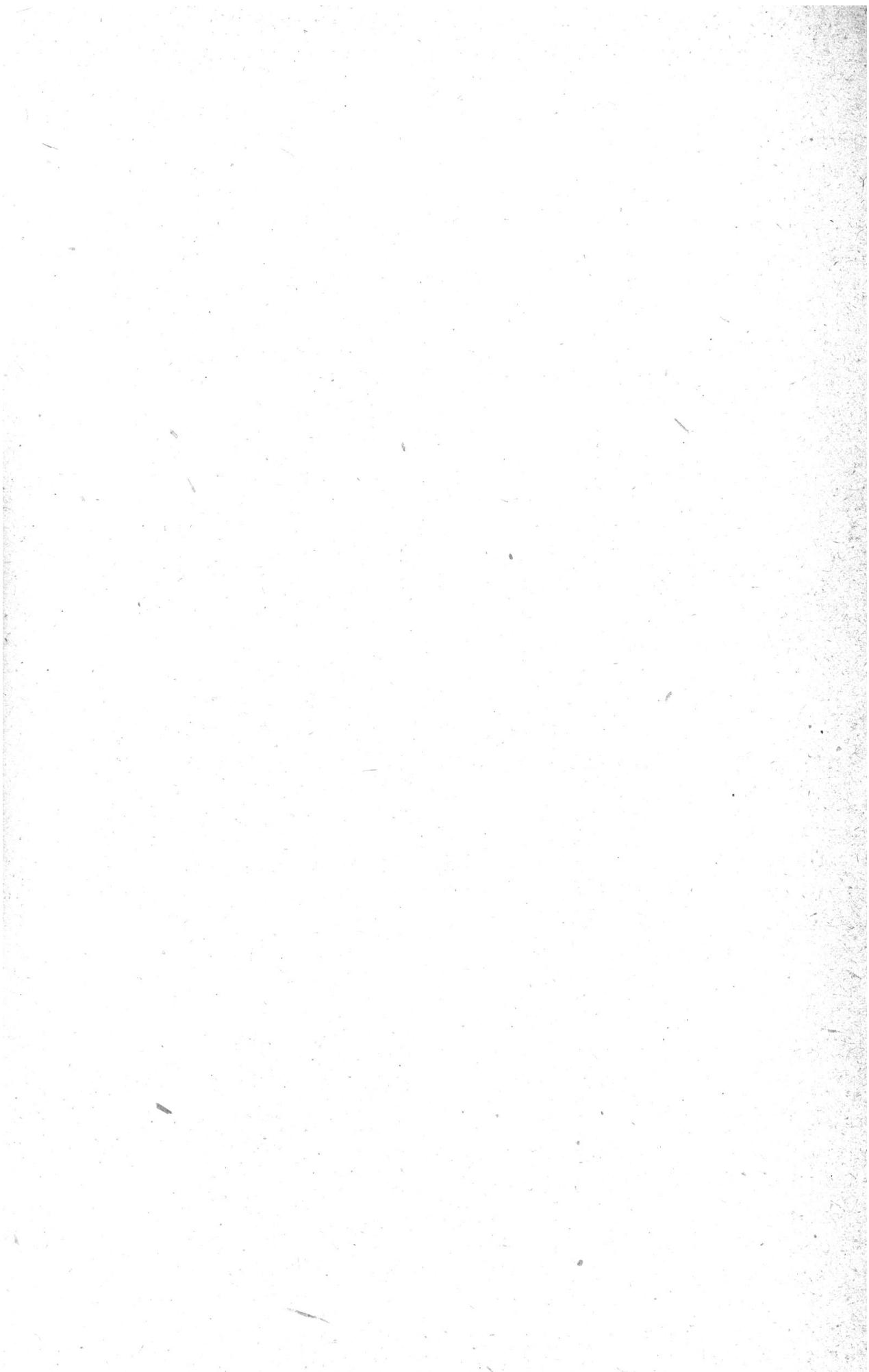
•••••••••••••••
ÉPOCA TERCERA
••••••••••••••

TOMO LII

(PRIMER SEMESTRE DE 1905)



SAN SEBÁSTIÁN
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE J. BAROJA É HIJO
Plaza de la Constitución, números 1, 2 y 3





ÍNDICE

del primer semestre del año 1905

	Páginas
AGUIRRE, D. Domingo de.—Kresala y novela en bascuence bizcaíno	453
ALESON, D. Francisco.—Documento literario euskaldun, Gure Errege Filipe andiaren eriotzean; poesía en bascuence alto-nabarro	260
APRAIZ, D. Julián.—Los Ipiñarrietas eran guipuzcoanos	563
ARANZADI, D. Telesforo de.—Lotería y ahorro (de una conferencia del profesor Abayet)	109
— Maleteiro y mutill	463
— Villanía musical.	560
ARRESE, D. Emeterio.—¡Maricho! María Elósegui, eta Ira-zustaren illberrian bere guraso miñerituain don-kitua; poesía en baskuence guipuzcoano	465
ARTOLA, D. José.—Donostiya; poesía en baskuence guipuzcoano.	82
— Euskerazko kontuak	311
— Euskerazko Kontuak. Villafranka-ko euskal-festetan aldeera-kin sarituak 375, 417, 475 y 569	375, 417, 475 y 569
ARTOLA, D. Ramón.—Centenario del «Quijote», Gloria á Cervantes, Cevantes Gizon aztuezgeni onen oroi-menerako luma arrastarabi	420
ARZÁC, D. Antonio —Chalupan; poesía en baskuence guipuzcoano.	185
— Gaba; poesía en baskuence guipuzcoano.	527
BAROJA, D. Serafín. —Zezen-Zuskoa; poesía.	240

	Páginas
BECERRO BENGOA, D. Ricardo.—Iparraguirre. Un recuerdo del bardo guipuzcoano en 1877.	353
BELAUSTEGUI, D. Ignacio de.—La Sede armetiere. Sus visitas. Obispado de Vitoria. El nuevo prelado.	159
— Ipeñarrieta y Cervantes.	193
BERROA, D. Alejandro.—¡Negarrez gajua! poesía	116
CAMPION, D. Arturo.—Celtas, iberos y euskaros (continuación)	497-547
CARRÉRE, Jean.—El país basco y su idioma.	512
DIEZ DE GABIÑO, D. Faustino.—El rey y el basco, poesía	135
ECHEGARAY, D. Carmelo.—Urdaneta y la conquista de Filipinas	49
— Juanes de Larrumbide.	332
— Crónica bascongada. La historia de Bizcaya del doctor Labayru.	337
ECHEGARAY, D. Bonifacio.—Aitona	403
ERRI.—Provincias bascongadas y nabarra	323
EL PADRE LARRAMENDI.—El aire de Guipúzcoa.	514
FERNANDEZ, D. Ramón.—Himno, poesía escrita con motivo de la inauguración de las obras de la vía férrea el año 1858	92
GABILONDO, D. Ramón.—Burni bidea lan-en asiera	89
GABILONDO, D. Eugenio.—Fiesta foral en Astigarraga.	94
GOROSABEL, D. Pablo.—Cosas de Guipúzcoa. De los pueblos y ríos de nombres antiguos	313-407
IZTUETA, D. Juan Ignacio de.—Guipuzkoako-Arrobiak. Relación escrita en baskuence acerca de las canteras que existen en Guipúzcoa y de sus mármoles, jaspe y demás materiales para la construcción	41
— Abatzaren doaiak.	136
— Nombres de las hierbas que se producen en Guipúzcoa. Trabajo en baskuence guipuzcoano	151
LÓPEZ-ALEN, D. Francisco.—Los autores del puente sobre el Urumea	5
— Retrato á pluma de D. José E. Ribera	6
— El puente de «María Cristina» (dibujo á pluma).	8-9
— Retrato á pluma de D. Julio M. Zapata	11
— Recuerdos donostiarras. El puente de Santa Catalina	23
— Recuerdos. Otra inauguración	84
— Un zortzico.	122

	Páginas
— La iglesia de Santa María	140
De Guipúzcoa. Arte y artistas	167
— Cosas donostiarras. Un sueño. El baile de anoche	181
— Alrededor del carnaval	226
— Gure lege-zarren festa Ernanin	191
— La Misericordia de San Sebastián	203
— Necrología. Alberto Bireben	209
— José Echegaray é Eizaguirre	255
— El euskera y la banca	257
— Figuras guipuzcoanas. El capitán don Martín de Goiti	415
— Cosas locales. Los tapices	503
— 4 de Mayo de 1863. Derribo de las murallas y fortificación de San Sebastián	520
— Recuerdos. Un donostiarra ilustre	566
LEGRAND, D. Théodoric —D. Federico Abistral.	29
— Dos documentos históricos referentes á la guerra de Navarra en 1521.	196
— Notas para la historia. Socorro de Fuenterrabía	274
— Notas para la historia.	378
— Otro curioso descubrimiento del sitio de Fuenterrabía en 1638	393-449
— Canción revolucionaria acerca del sitio de Fuenterrabía por las tropas francesas en 1. ^o de Agosto de 1794	489
— La prise de Fontarabie	490
— La toma de Fuenterrabía	491
— La reforma de la ortografía francesa.	518
MACPHERSÓN, Los habitantes primitivos de España	289, 347, 441, 481 y 529
MANTEROLA, D. José.—Curiosidades bascongadas. El pase foral	125
MONZÓN, D. Vicente.—Un filósofo	466
MÚGICA, D. Serapio.—Curiosidades históricas. El tributo del «Pedido»	170
— Recuerdos antiguos de Irún	540
MUNOA, D. Manuel.—La Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de San Sebastián	128
— En la barca; traducción de la poesía de Arzac «Chalupán»	186

	Páginas
— Alegría primaveral; poesía en castellano	321
— Lejanías, poesía en castellano	510
PERIER, D. Carlos María.—Vida serena; poesía en castellano	399
PIRALA, D. Angel.—Aspecto general del paseo de la Alameda (dibujo)	480
RODRÍGUEZ FERRER, D. M. La caverna, «Aitzkirri»	214
SERRATO, D. Francisco.—El capitán Ignacio de Embil	200
— Pascual de Andagoya y el descubrimiento del Perú	241-433
— Marinos bascongados. Martín Pérez de Olazábal	297
— Fray Andrés de Aguirre en Nueva España y Filipinas.	385
SERRA, D. Narciso.—El loco de la Guardilla, (fragmento)	426
SAROA, D. Marcelino.—Iriyarena	232
USUNARIZ, D. Joaquín.—El puente nuevo y el hormigón armado	19
— Folleto interesante	189
— Un libro sobre Basconia	470
— Zezen-Zusko	236
— Esaerak.	381
VALDÉS, D. Mariano M.—Altabizkarko kantua y los orígenes del reino de Sobrarbe y Navarra	370
VARIOS.—El nuevo puente sobre el río Urumea	1
— Los proyectos presentados	13
— Informe del Jurado	14
— El Padre Uncilla. (Necrología, retrato y semblanza biográfica)	35
— Alrededores de San Sebastián (fotograbado)	48
— Curiosidades bascongadas. Bestidos euskaros	61
— Figuras guipuzcoanas. El general Martín García Oñaz de Loyola	63
— Retrato del general Oñaz de Loyola	65
— Título de Gobernador capitán general de Chile, del mismo general	72
— Noticias bibliográficas y literarias	76
— Las inauguraciones del día de San Sebastián. El Muelle. El puente de María Cristina	79
— Puente provisional del paseo de Los Fueros	96
— Caminata ideal. Ascensión al monte Aitzgorri	97
— El archivo provincial de Tolosa	107

	Páginas
— Músicos bascongados. Juan Crisóstomo de Arriaga	118
— Cuadro bascongado. La nevada en el Caserío	132
— Apuntes necrológicos. El pintor Marenatu	139
— Advertencia.	143
— Túnel natural de San Adrián (grabado)	101
— Puerta guipuzcoana del túnel natural de San Adrián.	103
— Archivo provincial de Tolosa (grabado)	108
— Edificio de la Caja de Ahorros Municipal (grabado).	129
— La iglesia de Santa María.	141 —
— Nota típica. Kai-zarra. (El muelle viejo de San Sebastián).	144
— Bascongados ilustres. Bruno Mauricio de Zabala, fundador de Montevideo.	145
— Iniciativas patrióticas de la «Liga foral autonomista.» Instancia elevada al Ayuntamiento de San Sebastián	173
— Acuerdos de la misma Corporación Municipal	175
— Informe escrito por el concejal D. Julián Salazar . .	177
— La muerte de Arzác en la Habana	180
— Un basiófilo ilustre	187
— El Centenario de Arriaga	211
— Soka-muturra.	229
— Manuel de Zabaleta (grabado)	205
— José Matía	207
— Corrida de bueyes frente al muelle	231
— Id. de id. en la plaza de la Constitución	235
— El toro de fuego.	237
— En Pamplona. El monumento á los Fueros	252
— La ciudad de San Sebastián plaza de guerra. Descripción de sus fortificaciones y murallas	262 —
— Documentos donostiarras. Merced del título de Ciudad á la Villa de San Sebastián	270 —
— Viajeros ilustres. El Obispo de Vitoria en San Sebastián.	279
— Euskal-Errriya; poesía en baskuence guipuzcoano. .	283
— Cargos militares	284
— Fiestas y regocijos	285
— Euskerasko-Kontuak. Villafranca-ko-euskal-festetan aldeera-kin saritua	300
— Nuestros tercios en África	303

	Páginas
— Liga foral autonomista	328
— Congreso agrícola regional	329
— Brindis del Sr. D Francisco Camprodón, pronunciado en las fiestas celebradas en la Habana, á la llegada de los tercios bascongados en 1869	351
— Noticias bibliográficas y literarias	362
— Antigüedades romanas en Navariz (Bizcaya)	367
— Apuntes necrológicos, D. Hermenegildo Otero	377
— Fiestas euskaras, instituídas por Mr. D'Abadie	413
— Miguel de Cervantes Saavedra	422
— La última carta de Cervantes	425
— El baskuence y el japonés	469
— Triunfo de un nabarro	473
— Un dictamen muy honroso.	477
— San Sebastián. Año 1856-66. Aspecto general del paseo de la Alameda ó Boulevad, (Dibujo de D. Angel Pirala)	480
— El vinagre de sidra	494
— Opera en lengua bascongada	513
— Cosas del país. San Miguel de Izaga	551
— Noticias bibliográficas y literarias.	555
— Año de 1824. Documento referente á la policía de Guipúzcoa	573 —
ZAPIRAÍN, D. José.—Zubi berriya; poesía en baskuence guipuzcoano	81



FÉ DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
130	7	que introduce	que introdujo
215	20	peto	pero
219	24	habitarán	habitaran
339	21	cierras	ciertas
361	8	Ricardo Becerro	Ricardo Becerro Bengoa
560	14	guso	gusto

NOTAS.—En la página 103, dice al pié del grabado, «puerta guipuzcoana del natural de San Adrián, debiendo decir: «puerta guipuzcoana del túnel natural de San Adrián».

Si se han deslizado algunas otras erratas, por su escasa importancia las habrá salvado, seguramente, el buen criterio del lector.



MEJORAS DONOSTIARRAS

El nuevo puente sobre el Urumea

El 20 del corriente, día clásico de la capital donostiarra por ser el santo de su patrono, ha sido el señalado, por acuerdo de la Corporación municipal, para la inauguración del puente monumental, cuyas obras tocan á su terminación.

Hace un año que los donostiarra veían la necesidad de un nuevo puente que partiera del paseo de los Fueros; hace menos tiempo que la iniciativa tomó cuerpo; el Ayuntamiento trató, oportunamente, el asunto y acordó la realización de obra tan precisa é importante, y en el intervalo de menos de un año, es decir, en diez ú once meses, se ha hecho todo: concurso de planos, las tramitaciones de rigor y la terminación total de la magnífica construcción.

Muchos consideraron como un vano alarde lo que los directores de las obras del puente aseguraron desde el principio: que el puente quedaría habilitado en meses contados.

Los que no creyeron tal cosa, han experimentado hoy una verdadera admiración al ver concluido lo que ellos juzgaron *un sueño* imposible de realizarse en el limitado tiempo que el mismo Sr. Ribera ofreció espontáneamente.

Cuantos han seguido con curiosa asiduidad la marcha de los tra-

jos y han visto formarse esos espléndidos y airoso arcos, extendiéndose con pasmosa prontitud la longitud del puente y elevándose rápidamente los magestuosos obeliscos de los extremos, se han persuadido, al cabo, de que aquel *alarde* de los autores se ha realizado, y todo el mundo, la opinión unánime, no ha podido menos de tributar al Sr. Ribera, que no se ha separado de la obra, los elogios más grandes.

El puente nuevo resulta una de las obras notables de San Sebastián; su inauguración determinará fecha memorable que será registrada con esplendor en las crónicas donostiarras.

En esta obra todo es notable: la grandiosidad y elegancia del proyecto, el sistema de construcción, por ejecutaree toda la obra con el nuevo material que se designa con el nombre de hormigón armado, y, sobre todo, la rapidez increíble con que se ha llevado á cabo.

El proyecto es debido al reputado ingeniero D. José Eugenio Ribera, con la colaboración artística del distinguido arquitecto D. Julio M. Zapata, y nadie ignora que mereció el primer premio entre los catorce proyectos que se presentaron en el concurso internacional abierto al efecto por el Ayuntamiento de San Sebastián.

Consta el puente de tres arcos de 24 metros de luz, y tiene de ancho 20 metros.

La ornamentación es muy rica, elevándose en ambas entradas del puente cuatro obeliscos monumentales de diez y ocho metros de altura, coronados por grupos escultóricos representando la Paz y el Progreso.

Estos son, en verdad los emblemas que mejor caracterizan á esta hermosa ciudad, que puede considerarse como modelo de administración y cultura.

Los grupos escultóricos que rematan dichos obeliscos, están magestuosamente modelados, habiendo conseguido el artista un efecto primoroso y de toda propiedad al objeto.

Inspirado en los mismos asuntos ha consignado elocuentemente y con toda oportunidad el ilustrado escritor D. Adrián Navas:

«Sobre los airoso y artísticos obeliscos que coronan las entradas del nuevo y hermoso puente, se ostentan figuras simbólicas de la Paz y del Progreso.

Ningún pueblo como éste de San Sebastián puede juzgar tan bien los beneficios del progreso. Desde la fecha memorable en que se derrumbaron las murallas, ante el vecindario entusiasmado entonand

himnos de alegría que eran como un adiós al pasado y un saludo al porvenir, ha sufrido, siguiendo la ley del progreso, sorprendentes transformaciones, y donde sólo había arenales bañados por las mareas, se han levantado soberbios edificios; por donde antes circulaba pausadamente la gabarra, corren ahora veloces el ferrocarril y el tranvía, y las insanas marismas se han convertido en espléndidos paseos, y los montes solitarios en encantados vergeles, y la ciudad antigua, guarecida humildemente en la falda del Urgull, se torna en hermosa capital moderna, modelo de pulcritud, con todos los rasgos distintivos de la armonía, de la elegancia y del gusto.

Pero el progreso no se detiene nunca; avanza siempre, avanza sin cesar, y el hermoso puente que ahora se construye bajo la égida de la paz y del progreso, es una nueva vía que abre paso á otras transformaciones, á otros adelantos, y marca el camino á un glorioso porvenir.»

Pues bien, muy pocos meses han bastado para que el puente haya sido un hecho.

Se anunció el concurso de los proyectos, se nombró un jurado compuesto de eminentes ingenieros, se tramitó sin pérdida de tiempo el oportuno expediente, y al año de pensarse en realizar construcción tan importante, todos admiraron la obra, dispuesta ya á ser inaugurada.

Como se desea que el acto de la iuauguración revista verdadera solemnidad y que esa fecha sea una de las que se recuerden en la historia del progreso de la ciudad y de los rasgos generosos de la Caja de Ahorros, que es la que ha adelantado, sin interés, el capital necesario para la construcción del puente; el Ayuntamiento se preocupa estos días de todos los detalles que con este hecho se relacionan.

A este fin, el alcalde ha dirigido una extensa comunicación al presidente de la comisión de Gobernación.

En ella le ordena que á la mayor brevedad desaparezcan las barracas, vallas y cierres que se levantaron para servicio de las obras del indicado puente.

Que cuanto antes se hagan las pruebas del alumbrado del mismo, pruebas que se repetirán cuantas veces convenga.

Que antes del 19 quede expedito el tránsito de la plaza de Bilbao y de las calles que dan acceso al puente hasta la de Larramendi.

Y que para dicho día se halle cerrado con valla el puente provisional de madera y colocada la única caseta que queda del lado de la es-

tación, orilla del nuevo puente, que es donde ha de prestar servicio en lo sucesivo, así como despejada por completo por aquel lado de la estación del Norte la salida del puente.

Para ultimar detalles relacionados con los festejos que han de celebrarse, invitaciones que se han de dirigir, etc., etc., todas las noches se celebran reuniones en el despacho del alcalde.

Asimismo se estudia la manera de realizar el ensanche de la estación, cuyo proyecto va muy adelantado.

Para formarse una idea de la rapidez con que se ha trabajado, basta recordar que á los dos meses de empezada la obra se terminaron los cimientos y la mitad del total del puente.

A buen seguro que no podrá citarse otro caso análogo en España, y muy pocos en el extranjero.

Verdad es que el sistema de construcción que ha aplicado el ingeniero señor Ribera, permite verdaderos *tours de force* como el presente.

Todo el puente es de hormigón armado, y es maravilloso pensar que la combinación de hierro y cemento, tan hábilmente dispuesta, ofrezca las seguridades y garantías de resistencia, duración y economía.

En suma, el puente resulta una obra monumental, un trabajo de primer orden, y al mismo tiempo uno de los más bellos ornatos de la moderna Donostia.

LOS AUTORES DEL PUENTE

JOSÉ EUGENIO RIBERA

Desde hoy irán estrechamente unidos á los anales del San Sebastián moderno, dos nombres ilustres, los de dos hombres de ciencia, los eminentes ingeniero y arquitecto Sres. Ribera y Zapata.

Con este motivo nos es muy grato presentar á los donostiarras tan distinguidas personalidades, á quienes esta capital deberá uno de sus más hermosos ornatos, obra que con entera justicia es ya admirada por todos.

Ribera nació en Octubre de 1864, en Lisboa, donde su padre, que fué jefe del movimiento de los ferrocarriles del Norte de España, ejercía el cargo de ingeniero jefe de los ferrocarriles portugueses, llevado allí por el opulento D. José Salamanca.

Cursó la segunda enseñanza en Burdeos y terminó la carrera de ingeniero de caminos en la escuela de Madrid, el año 1887.

Hasta 1898 sirvió como ingeniero del Estado en la provincia de Oviedo, donde trazó y dirigió importantes obras, entre otras el puente de Rivadesella, de hierro, de trescientos cincuenta metros de longitud; el de Arriondas, de piedra, de cien metros; los puertos del Musel, Avilés, etc., etc.

Por entonces escribió varias obras, entre ellas un *Estudio sobre el acero en puentes* y la que lleva por título *Puentes de hierro económicos*, de las que hubo que hacer nuevas ediciones.



D. José Eugenio Ribera

Ingeniero, autor del puente

Por uno de los indicados libros y como recompensa á su mérito é importancia, le fué adjudicada, á propuesta del Consejo de Obras Públicas, la cruz de Carlos III.

Por el ministerio de Fomento le fué encomendado el proyecto del viaducto del Pino, sobre el Duero, estudio que le valió unánimes felicitaciones; esta obra importantísima cuenta ciento veinte metros de luz y cien de altura; es el puente de mayor luz de España, y en el día se halla en construcción.

Con este motivo el Estado le concedió otra honrosa condecoración, y el admirado viaducto dió lugar á que el Sr. Ribera escribiera su utilísimo é interesante libro *Los grandes viaductos*.

Como representante del ministerio de Fomento, asistió á los Congresos de ingenieros de Stokolmo y París, tomando parte activa en las discusiones sobre cemento y hierro, acerca de cuyas materias el señor Ribera es una verdadera autoridad.

Tuvo que dejar el servicio del Estado por tener que entregarse de lleno á la implantación de los nuevos sistemas de cemento armado, y le cabe la gloria de haber sido el que introdujo en España tal importantísimo procedimiento.

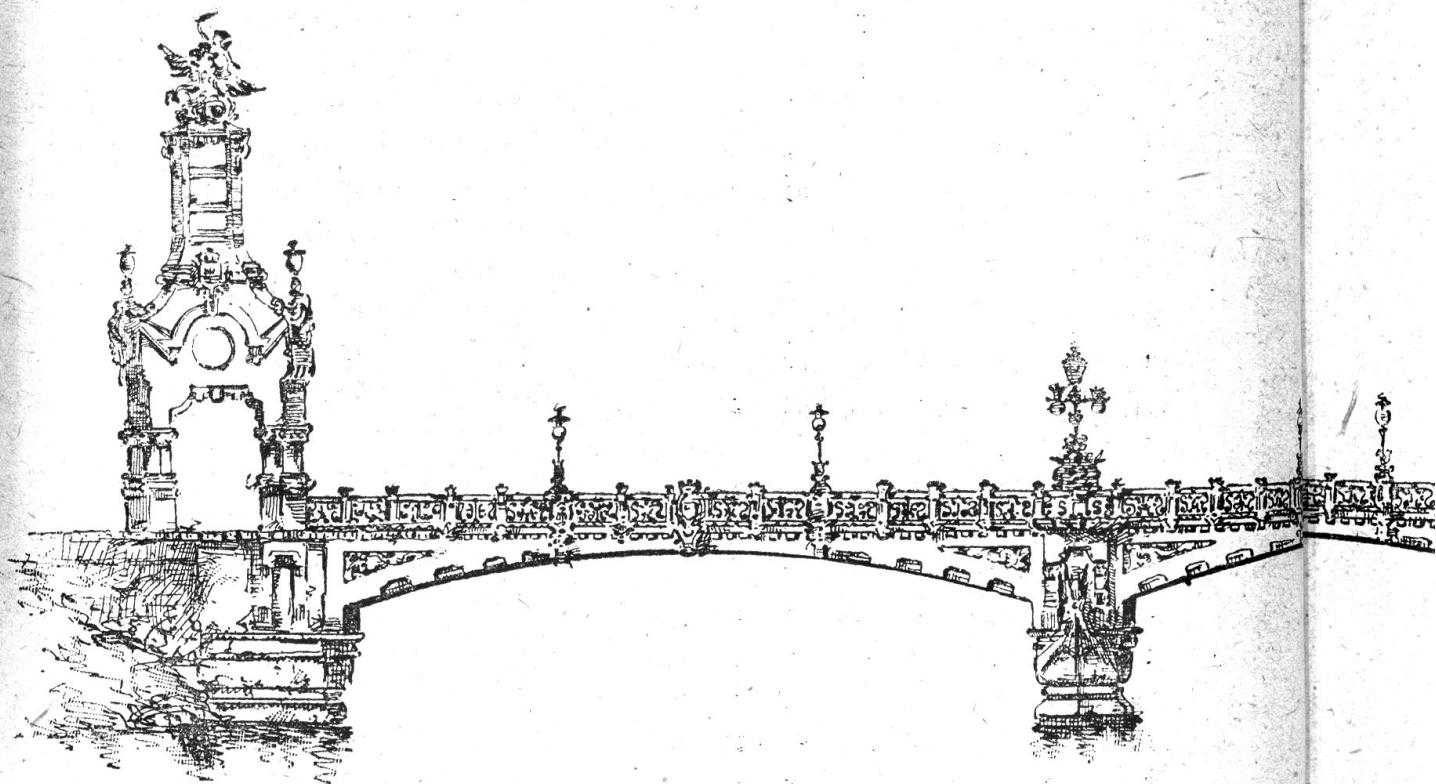
Desde el año de 1898, dirige la Compañía de construcciones que se dedica á esta clase de trabajos, siendo esa sociedad la primera y más respetable de nuestra nación, pues lleva ya construidas ciento catorce obras por valor de seis millones de pesetas, entre las cuales se cuentan veinticinco puentes.

Entre las obras de gran *cuantía y monta* que tiene hoy en construcción, merece citarse la cubierta, pilares y muros divisorios del importante depósito de Madrid, obra de dos millones de pesetas, adjudicada en concursos internacionales, en el que tomaron parte casas constructoras de primer orden de España y del extranjero.

En Guipúzcoa ha ejecutado también el Sr. Rivera las obras más considerables de cemento armado, entre las que citaremos: los pisos del Ayuntamiento de Eibar, los pisos y columnas del Banco Guipuzcoano, de la fábrica de Cerámica de esta ciudad, de la de almidón de Hernani, del Archivo provincial de Tolosa, de la papelera del Araxes (Tolosa), el puente de la Fanduria (Rentería), el ensanche del puente de Vergara, el acueducto de sesenta metros sobre el Araxes y otras de menor importancia.

El Puente de Rí

TRAZADO NG 1

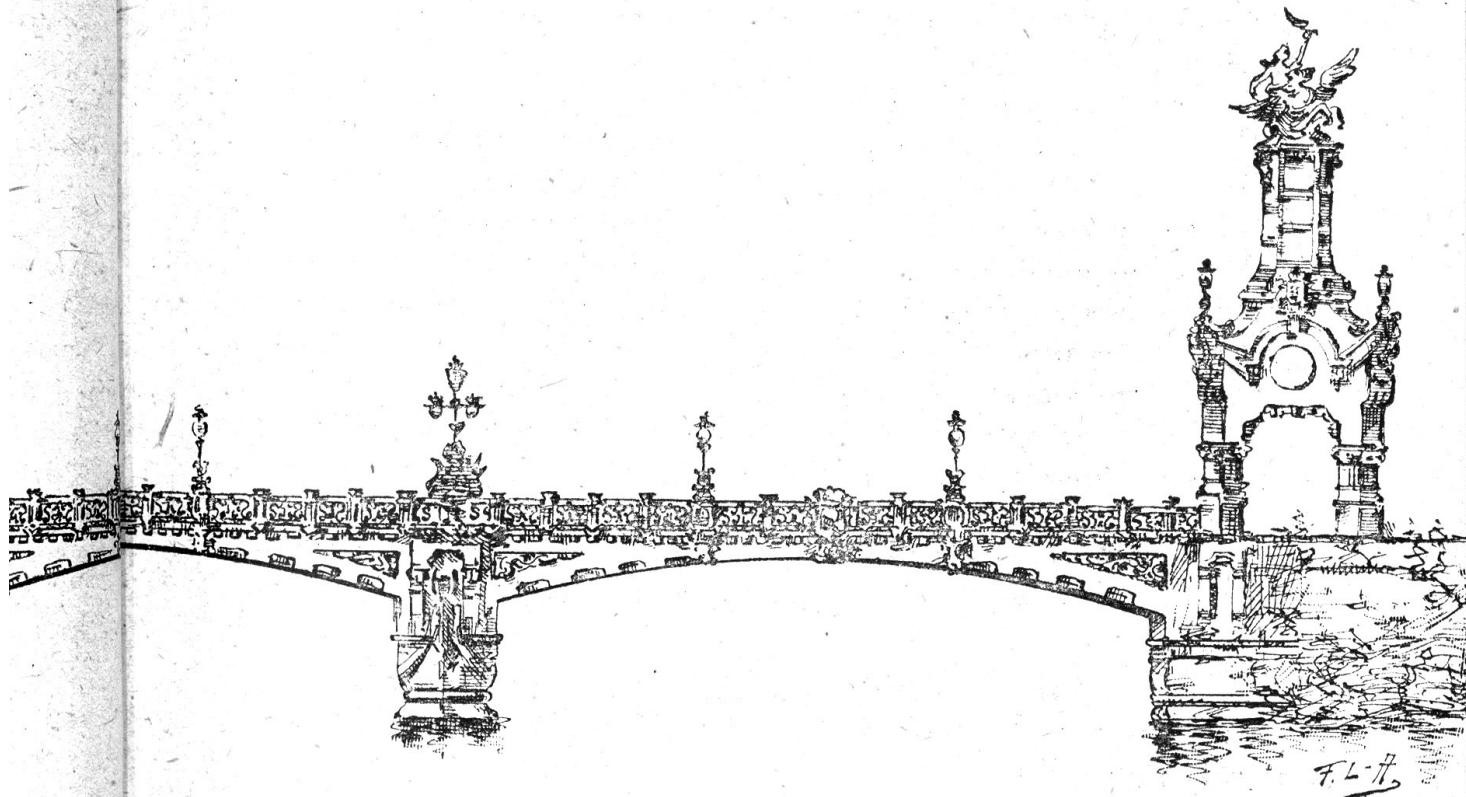


OBRA DE LOS SES RIE

(Dib. F. López-Alén)

MARÍA CRISTINA

ADONIGITUDINAL



DSES RIBERA Y ZAPATA

(D.F. López-Alén)

JULIO M. ZAPATA

Pertenece el Sr. Zapata á familia de noble abolengo.

A pesar de tener posición independiente, dedicose con afán al trabajo.

Desde que comenzó su carrera de arquitecto, hizo concebir legítimas esperanzas de que llegaría á distinguirse notablemente, y tales esperanzas se han visto plenamente confirmadas y convertidas en la realidad más brillante.

Nació el Sr. Zapata en Madrid el año 1864, y terminó sus estudios en la Escuela Superior de Arquitectura de la misma capital, el año de 1888.

Desde que adquirió el título de su profesión, puede decirse que su vida ha sido una serie no interrumpida de triunfos, siendo muchas y muy notables las obras en que ha puesto de manifiesto sus grandes cualidades de artista y sus profundos conocimientos en toda clase de materias relacionadas con la Arquitectura.

El primer año de su carrera ganó ya varios concursos de dibujos y proyectos en Avila, Cadiz y Madrid.

Ha obtenido altas y merecidas distinciones en la exposición de Chicago, en las internacionales de Bellas Artes de Madrid, y en la última de París alcanzó la tan estimada condecoración de la Legión de Honor.

En el concurso de los proyectos para la construcción del Palacio de la Diputación de Vizcaya, fueron señalados los planos del Sr. Zapata con el número uno.

También consiguió igual puesto en el concurso internacional del grandioso monumento dedicado á los bomberos de la Habana; en Filipinas le fué concedido el premio segundo con el monumento á Legazpi-Urdaneta.

Zapata es autor de obras modernas de primer orden, de las cuales se hallan en construcción la casa Ayuntamiento de Santander y el Asilo de huérfanos en Madrid.



D. Julio M. Zapata

Arquitecto, autor del puente

También reformó hermosamente el memorable palacio de *La Huerta*, morada que fué de Cánovas del Castillo.

Ha sido director de fábricas de suma importancia, y fundó la de Ladrillo-Piedra, primera establecida en España.

En la actualidad el Sr. Zapata es arquitecto del Ayuntamiento de Madrid y del Ministerio de Obras Públicas.

F. LÓPEZ-ALIÉN.



Los proyectos presentados

Se presentaron catorce proyectos al concurso anunciado por el Ayuntamiento para la construcción del puente.

Los trabajos fueron expuestos con lema los más, y los otros con los nombres de sus autores.

Los planos se recibieron por el orden siguiente:

1. «Piedra y hierro».
2. Firmado por el ingeniero de Caminos D. Fernando Rojo y el arquitecto D. Jaime Torres.
3. «Zubieta 1813».
4. «Laurak-Bat».
5. «Donostiarri».
6. Proyecto suscripto por los Sres. Ribera y Zapata.
7. «Izurun».
8. «Zabalzubi».
9. Firmado por el ingeniero de Caminos Sr. Colás y el arquitecto Sr. Gurruchaga.
10. «Trabajo».
11. «Resal».
12. «Una idea».
13. «Olarso».
14. Suscripto por el ingeniero de Caminos Sr. Buenaga.

El primer premio de 5.000 pesetas le fué adjudicado al proyecto de los Sres. Ribera y Zapata, y el segundo premio de 3.000 pesetas al proyecto que consigna el lema «Laurak-Bat», de que son autores los ingenieros Sres. D. Vicente Machimbarrena y D. Miguel Otamendi, y los arquitectos D. Joaquín Otamendi y el Sr. Palacios.

INFORME DEL JURADO

Del notable informe emitido por el Jurado compuesto por los distinguidos ingenieros D. Pablo de Alzola, D. Evaristo de Churruca, don Enrique de Gadea, D. Recaredo de Uhagón y D. Marcelo de Sarasola, vamos á trasladar á estas páginas la parte relacionada con el puente cuyas obras tocan á su terminación (1):

«Ha procedido el Jurado á un estudio extremadamente detenido de los catorce proyectos presentados, porque haciéndose cargo de la responsabilidad moral que lleva consigo la elección del mejor, entre los trabajos presentados en el noble palenque abierto por el Ayuntamiento de San Sebastián, ha procedido el Tribunal á un análisis concienzudo de los factores que pudieran influir para llevar el acierto á su decisión.

Ha sido realmente laboriosa y difícil la misión que se le ha encargado, porque, resultando tan brillante el concurso y tan relevantes los méritos de varios de los estudios, se ha originado no poco embarazo para determinar la propuesta del galardón ofrecido, lamentando los vocales del Jurado no poder disponer de mayor número de premios á fin de corresponder en cierto modo al valor real y efectivo de diversos proyectos.

La decisión acerca de la propuesta al Municipio del puente que debe

(1) En el tomo de la EUSKAL-ERRÍA correspondiente al primer semestre del año pasado, publicamos el informe completo.

realizarse sobre el río Urumea, ha sido tanto más difícil por la heterogeneidad del problema.

Era preciso atender, por un lado al mérito científico de los trabajos en los que se revela gran dominio en las teorías de la mecánica aplicada á las construcciones, y por otro debían estimar los jurados ver como condición fundamental la de la belleza del proyecto por requerirlo así taxativamente las bases del concurso, tener en cuenta la economía del presupuesto y la recomendación expresa de apreciar como favorable la cláusula del plazo más corto posible para levantar un hermoso puente en el paraje señalado.

Pesados concienzudamente todos los elementos que han de contribuir á satisfacer el conjunto de las condiciones exigidas y después de amplias y muy detenidas discusiones, en las que se ha analizado punto por punto y detalle por detalle cada uno de los proyectos, é inspirándose los vocales del Tribunal en su vehemente deseo de contribuir con su acierto á que posea la capital de Guipúzcoa un nuevo monumento digno de la cultura de aquella ciudad y del sentir artístico de sus habitantes, ha acordado proponer á la Excma. Corporación para el primer premio, por mayoría de votos, al proyecto suscripto por el notable ingeniero de Caminos D. José Eugenio Ribera, con la colaboración del reputado arquitecto D. Julio M. Zapata.

El Tribunal se ha fundado para tomar este acuerdo en las razones siguientes:

El arte de la construcción se desenvuelve en un progreso incesante; á la piedra, que era el único material empleado en las obras antiguas, sustituyeron el hierro y el acero para los puentes y viaductos de grandes dimensiones, destinados á salvar los ríos caudalosos y los profundos barrancos, por las exigencias del trazado de las vías férreas ó por el desnivel de los barrios de ciertas ciudades; más tarde se ha ido perfeccionando el empleo de las mamposterías hidráulicas en los arcos de los puentes adoptando el hormigón armado, que, formado por una estructura metálica envuelta por la masa preparada por la base de cementos Portland fabricado artificialmente para alcanzar coeficientes de resistencia considerables, constituye un nuevo recurso para la ejecución de las obras grandiosas y atrevidas, encomendadas á la pericia de los ingenieros de caminos.

Por estas razones, y reconociendo el mérito de los puentes de piedra proyectados para el certamen, ha entendido el Jurado que el espíritu

progresivo característico en los tiempos presentes, exigía el empleo del hormigón armado como factor más moderno y más adecuado para dar á la obra las condiciones de ligereza y elegancia apetecidas.

El proyecto de los Sres. Ribera y Zapata, perfectamente presentado, está formado, según se ha dicho, de tres arcos escarzanos de 24 metros de luz rebajados al $\frac{1}{11,4}$ y resulta la solución más propia para las condiciones del emplazamiento y remate del puente. Adoptando mayor número de ojos, se hubiera perdido el aspecto grandioso de la obra, y el empleo de un solo arco, ó de tres en que predominase la magnitud central, hubiera ofrecido mayores dificultades de construcción por el rebajamiento de la bóveda, recargando considerablemente el costo de los cimientos que se ha segregado de las 500.000 pesetas señaladas por el presupuesto, porque los grandes espesores de los estribos necesarios para soportar la sección de los fuertes empujes de los arcos, se traduciría en un aumento importante de las fundaciones.

Cada arco se forma por una serie de cerchas ó vigas armadas de acero, envueltas en una masa de hormigón para construir la bóveda; sobre aquellos cuchillos se elevan los tabiques longitudinales de hormigón con armazón metálico, que siguen la forma de los tímpanos, y encima queda empotrada la osamenta del pavimento, al que se dá el bombeo necesario para que reciba la capa de asfalto. Los frentes de los arcos son de sillería enlazada con el hormigón, debiendo llevar aquella recubiertos los paramenios de ricos materiales decorativos y el tablero de la obra se ha proyectado horizontal y sujeto estrictamente al nivel del paseo de la márgen izquierda.

Los Sres. Ribera y Zapata han tenido la fortuna de armonizar los preceptos de la ciencia del Ingeniero con la experiencia del constructor y las galanuras del arte. El alzado del proyecto resulta armonioso en sus líneas generales y bello en sus detalles, habiéndose sacado el partido posible de las condiciones fijadas en el programa para darle un aspecto grandioso y monumental.

Las pilas, proyectadas de sillería caliza hasta los arranques, se hallan decoradas con la nave y sus remos, que constituyen un emblema alegórico de las tradiciones marítimas euskaras y les corona el remate de la lujosa balaustriada acusada por el relieve en forma de púlpito y los candelabros, resultando de excelentes proporciones y aspecto ornamental.

El presupuesto del puente asciende á 499.034,50 pesetas, descom-

puesto en dos partidas: la obra, propiamente dicha, importa 378.694,50 pesetas, y los dos arcos monumentales de entrada y salida, se valoran en 120.340.

* * *

La idea de colocar en los accesos del puente dos arcos á semejanza de los de triunfo, con carácter monumental, inspirándose en las tradiciones romanas y en la práctica seguida en los tiempos modernos en algunos puentes construídos sobre ríos caudalosos de ciertos países adelantados, tanto en el centro de Europa como en América, es de carácter ornamental y ha merecido un examen detenido por el Jurado, aunque se han dividido las opiniones acerca de la conveniencia de su adopción en el puente del Urumea.

Se ha objetado que siendo de 88 metros el cauce del río y poco mayor la distancia que habrá de separar los dos arcos de entrada y salida, carece el puente de magnitud indispensable para instalar con acierto esas moles, que requieren gran altura para salvar la caja de doce metros formada por el pavimento aun descartadas las aceras, por lo cual, habrán de cubrir en cierto modo los edificios construídos en los paseos de ambas márgenes.

Los vocales que han sostenido este parecer y que se han encontrado en mayoría en el Jurado, opinan que se deben suprimir los arcos para reemplazarlos por obeliscos en el género de los construídos en el puente de Alejandro III en París, que servirán convenientemente al ornato de la obra del Urumea, dejando al propio tiempo más fracos y expeditos los andenes y aun el centro para el tránsito público, sin poner obstáculos de ninguna clase, que pudieran resultar perjudiciales en los días de gran aglomeración.

Al propio tiempo ocasionaría la reforma una economía de 120.340 pesetas, de la que habría que deducir el coste de los obeliscos y demás accesorios, para que el decorado de los estribos no desmereciese del resto de la obra.

Reconociendo la minoría el fundamento de estas razones ha creido sin embargo, que ofrecen los arcos gran novedad y un elemento muy eficaz para contribuir al embellecimiento del puente, mereciendo la pena de no rechazarlos de plano sin un examen muy maduro del asunto.

Tal como están proyectados, resulta su composición, en estilo renacimiento, de aspecto agradable, visto de frente; pero los arcos botareles trazados con inclinación de 45° ofrecen el inconveniente de invadir las aceras originando cierta incomodidad permanente á los transeuntes y una disposición inadmisible para las épocas de fiestas populares, en las que seguirá en aumento la muchedumbre de transeuntes á medida del acrecentamiento de la ciudad.

Aun en el supuesto de que el Jurado hubiese aceptado la de aquellos aditamentos, sería indispensable proceder á un nuevo y completo estudio de los arcos mencionados, y á fin de que el Excmo. Ayuntamiento pueda pesar todas las ventajas e inconvenientes, entiende el Jurado que no es improcedente que se consignen algunas de las ideas expuestas por los vocales de la minoría partidaria de más detenido examen acerca de este punto.

Cree que, con objeto de evitar entorpecimientos al tránsico, habría necesidad de ensanchar los estribos en lo que fuera preciso para salvar en toda su latitud el ancho de las aceras, coloquendo los botareles con vanos oblícuos si se mantuvieran en las direcciones señaladas en la planta, ó limitándose á situarlos en sentido perpendicular al eje del puente, en caso que no se obtuviera una solución satisfactoria con la otra.

Los citados vocales han hecho también algunas consideraciones relativas á los detalles ornamentales de los arcos.

Consiste el motivo principal, colocado en su coronación, en el grifo, animal fabuloso con cabeza y alas de águila, que constituía en las fábulas mitológicas el símbolo de Apolo, aunque á veces se le consagraba á Júpiter, y sin que se deba rechazar en absoluto su empleo en los detalles de ornamentación, se ha prodigado con exceso en los arcos y las pilas del proyecto.

Pasó el tiempo del entusiasmo por las leyendas de los tiempos héroicos, y como los pueblos modernos se pagan de símbolos positivos que reflejen sus aspiraciones más fervientes ó el amor á las tradiciones locales, pudiera dirigirse por otros rumbos, más expresivos, la elección de los detalles ornamentales.»



EL PUENTE NUEVO

Y EL

HORMIGÓN ARMADO

¿Quién descubrió el hormigón armado? ¿En qué forma fué hecho el descubrimiento? ¿Qué elementos constituyen el nuevo material? ¿Cómo se confecciona? ¿Cuáles son las ventajas que reporta su empleo?

Esto y algo más que, á medida que se entre en materia, convenga explicar, constituirá el tema del presente artículo.

Todo ello tratado, claro está, sin fórmulas complicadas, sin cálculos engorrosos y con la sencillez que debe caracterizar cuanto para el público se escribe.

Empecemos.

Dícese que allá por el año 1855, M. Lambot obtuvo en Francia la primera patente del material que nos ocupa, mas es lo cierto que no llegó á explotarse industrialmente hasta que M. José Monier, por sus constantes trabajos, generalizó su empleo para todas las construcciones; sus patentes se sucedieron sin interrupción desde 1867 á 1891. A Monier, por lo tanto, hay que considerar como *descubridor* del nuevo material, ya por todos conocido, y que llamamos HORMIGÓN ARMADO.

¿Y cómo llegó Monier á descubrimiento de tanta importancia?

Según cuentan — y conste que yo de ello no doy fe — observando nuestro hombre en sus jardines que los caños metálicos de riego se cubrían de herrumbre y se deterioraban con pasmosa rapidez, tuvo en una ocasión la feliz idea de revestirlos de cemento para procurar su

conservación, y de ahí nacieron el cemento armado (cemento y hierro ó acero), y el hormigón armado (cemento, arena, piedra menuda y hierro ó acero), materiales con los que se construye actualmente mucho en Alemania, Francia, Dinamarca, Bélgica y Holanda, y cuya aplicación en España va alcanzando un desarrollo de día en día más considerable.

Supongamos, por ejemplo, una serie de varillas de hierro ó acero, delgadas, sujetas entre sí para que conserven una posición fija, y supongamos que se las rodea de una masa de cemento ó hormigón, dejando después fraguar la mezcla. La resultante de ello será el tener á dos materiales que parecen tan heterogéneos, el hierro y el cemento, combinados entre sí, íntimamente unidos, constituyendo el nuevo material, con el que se hacen pisos, puentes, bóvedas y tubos, y que, á más de soportar grandes cargas, resiste al aire, al agua y al fuego.

Extrañará, naturalmente, que la unión íntima de los dos materiales citados forme un conjunto que, en las construcciones, reporte ventajas sobre cada uno de ellos aislado; pero si se tiene en cuenta que las varillas de hierro antes citadas resisten muy bien á la extensión y el cemento á la compresión, fácilmente se comprenderá que si damos á cada elemento del sistema lo que constituye la propiedad esencial del otro y realizamos con ellos una perfecta unión, el material resultante participará de las ventajas de los que le componen, viéndose libre de sus inconvenientes.

Así, si construimos una viga de cemento y apoyándola por sus extremos colocamos una carga hacia su centro, la viga se romperá porque el cemento no trabaja por extensión; y si á una barra de hierro la sometemos á esfuerzos de compresión en sentido de su eje, la barra se doblará ó romperá también, porque no está dispuesta para trabajar bajo los citados esfuerzos.

Pero si la viga se ha construido de tal modo que, después de apoyada por los extremos, su cara inferior sea un hierro, y todo lo demás hormigón que rodea á ese hierro, la viga resistirá perfectamente á las cargas normales. ¿Por qué? Porque esa viga se encuentra en inmejorables condiciones de resistencia, debido á que el hormigón que llena las partes comprimidas toma sobre sí el trabajo de compresión, y el hierro colocado cerca de la cara extendida, absorbe los esfuerzos de tracción.

Claro está que las construcciones de hormigón armado no se obtienen así, tan fácilmente como acaba de decirse, pues Monier, Hennebi-

que, Wayss, Cottancin, Boussiron y otros emplean en ellas procedimientos distintos; pero lo principal es formarse una idea. También en España son muchos los que se han dedicado á construcciones de esta clase, obteniendo patentes por sus sistemas especiales, y entre ellos debemos citar al que se califica de apóstol del hormigón armado, á D. José Eugenio Ribera, ya que tocan á su fin las obras del puente de Amara, puente monumental, cuyo proyecto se debe al ingeniero citado y al arquitecto D. Julio M. Zapata, y que, en su casi totalidad, de hormigón armado se ha construído.

El sistema Ribera es un término medio entre los que hoy se emplean, y su característica, es decir, lo que le distingue de los demás sistemas, es la manera de enlazar los hierros que han de constituir *las armaduras* de la obra que se vaya á ejecutar (viga, pilar, bóveda, etc...)

Dicho enlace consiste en una tela metálica de alambre de acero recocido al que se da el espesor conveniente; esa tela rodea los hierros de las armaduras, formando así una especie de enrejado que se sujeta á aquellos, para mayor solidaridad del conjunto, por medio de horquillas del mismo metal.

Así, por ejemplo, si se va á construir un pilar, se colocan verticalmente varias barras de hierro laminado y se unen entre si, á la distancia conveniente según las dimensiones que deba tener el pilar, por medio de alambres, situados en planos horizontales, de trecho en trecho, generalmente medio metro. Se rodea enseguida el conjunto con un tejido metálico, como he dicho antes, y á su alrededor se construye el molde de madera, de la forma que ha de tener el pilar. Pronto se ve que, con la disposición explicada, las barras de hierro se mantendrán perfectamente verticales. Sólo queda ya preparar el hormigón y echarlo, apisonándolo por capas sucesivas, en el molde, quitando éste cuando aquel ha fraguado, es decir, cuando se ha endurecido lo necesario.

Con idénticas disposiciones se aplica el sistema á la construcción de bóvedas, vigas, etc.

Y ya que tenemos una idea lo suficientemente aproximada de lo que es el hormigón armado, al que algunos dan el nombre de *ferro-cemento*, pasemos ahora á enunciar las ventajas que le son inherentes.

La primera ventaja que aparece es la de ser incombustible. Multitud de ensayos se han hecho acerca de este particular, y en todos ellos se ha comprobado que el ~~nú~~o material resiste al fuego de un modo extraordinario.

Verdad que el hierro es incombustible también, y que pisos construidos con viguetas de ese metal parece que no deben arder. Pero el hierro conduce muy bien el calor, y debido á ello, las viguetas, si no saltan quebradas, se dilatan y derrumban los muros. Todo esto desaparece con el hormigón armado, pues sometidas algunas obras á temperaturas superiores á 1.000 grados, no ha llegado á alterarse su resistencia.

Otra ventaja muy notable es la impermeabilidad, pues se ha observado que enluciendo las superficies de la obra que hayan de estar en contacto con los líquidos, los poros se llenan, y la permeabilidad, natural en el hormigón, desaparece.

Independientemente de las anteriores ventajas, que son, quizá, las de más importancia, presenta otras varias: rapidez de ejecución, rigidez de las obras, esbeltez propia del moldeo, economía y duración; ventaja esta última sobre la que se ha discutido bastante y de la que no cabe dudar, pues recubierto el hierro por el hormigón, no puede llegar á él la acción de los agentes exteriores, aire y agua, que son los que, oxidándole, le inutilizan.

Y con esto doy por terminada esta sencilla relación acerca del nuevo material, que ya ha tomado carta de naturaleza, como lo prueban, sin salir de nuestra propia casa, las muchas obras que con él se han ejecutado en Guipúzcoa y en el mismo San Sebastián.

JOAQUÍN USUNÁRIZ
Teniente de Artillería



RECUERDOS DONOSTIARRAS

EL PUENTE DE SANTA CATALINA

Desde hoy cuenta San Sebastián dos puentes: el primero, como todos saben, llamado de Santa Catalina, y el nuevo al que se le ha impuesto el nombre «María Cristina».

El primero toma la denominación de sus anteriores, llamados así por haber existido en lugar próximo la histórica iglesia llamada de Santa Catalina.

Al puente que acaba de construirse se le bautiza con el nombre de «María Cristina», por rendir un tributo á la madre del rey D. Alfonso XIII.

¿Se sabe algo del primer puente que se levantó en la desembocadura del Urumea?

Del primero no podemos determinar con certeza, pero sí daremos razón del más antiguo de que hay noticia.

En un documento donostiarra del año 1377, se lee lo siguiente: «c mandamos que de todos los salmones que se pescuen con red en la barra de Surriola se de diezmo a los maniobreros de la Puente de Santa Catalina.....»

Sabemos, pues, por este instrumento, que en pleno siglo XIV existía puente de Santa Catalina.

Según un cronista del siglo XVII, consta también que el puente

grande de madera que se extendía sobre el *desemboque* del Urumea en San Sebastián, era de *gentil artificio* (sic).

Aquel celebrado puente estaba construído de manera que se abría por su centro con objeto de que los «navíos é bajeles é pinazas entraran é salieran río arriba é mar adentro» y con los productos de las industrias establecidas en las márgenes del hoy silencioso Urumea.

Desde Santa Catalina hasta Hernani, siguiendo el curso del río, existían astilleros muy importantes, buen número de fundiciones, obradores de anclas, de toda clase de noble arma blanca, etc., etc.

Aquel puente, fielmente representado, puede verse en uno de los cuadros que se hallan en la escalera de la Casa Consistorial.

El puente, como era de madera, se resentía frecuentemente con motivo del tráfico continuo y por la fuerza de las mareas en ciertos períodos del año, resultando su reparo verdadero chorro para los fondos del pueblo. Pasaban de mil ducados al año los gastos de conservación.

Por entonces se inició la idea de construir un puente de piedra.

Allá por los años 1659 el ingeniero Cristóbal de Zumarrieta, maestro mayor de fábricas y fortificaciones de Guipúzcoa, trazó el proyecto de un puente con pilas de piedras.

Buen número de años después el ingeniero jefe Felipe Crame presentó un nuevo plano de puente de piedra perfectamente trazado y acuareulado con acierto.

Este original, que lo tenemos á la vista, es sumamente curioso, es un documento, bastante bien conservado, que inspira y que nos expone un verdadero capítulo de historia donostiarra.

A la cabeza del dibujo se lee: «Plano, Perfil y Alzado de un Puente de Piedra de nueva idea, que puede executarse sobre el Río Hurumea en la Ciudad y Plaza de San Sebastián, á fin de excusar con el gasto de una vez, el Continuo dispendio que resulta de la manutención á el de Madera que hoy tiene inmediato al que se propone; como se demuestra en el mismo Plano. — Explicación del Plano y perfiles, etcétera, etcétera. — San Sebastián y Junio 4 de 1757. — Felipe Crame.»

Este puente tiene catorce ojos, y tanto sus detalles como su conjunto, están esmeradamente delineados.

Pero á pesar de los trazados que se sucedían, el puente de madera seguía en pie.

Algun tiempo más tarde aparecieron dos nuevos planos sobre el mismo asunto, debido el uno á Joseph de Arzadun y el otro á Juan Ascensio de Chorroco.

El trazado del primero se componía de cinco ojos y el segundo de nueve.

Estos dos proyectos fueron examinados por Francisco de Ibero, distinguido arquitecto que le cupo parte muy activa en la edificación de la iglesia de Santa María.

Los dos nuevos puentes no tuvieron éxito, puesto que Ibero se encargó de idear un tercer plano.

Este proyecto era con siete ojos, seis de cantería y el séptimo de madera para incomunicar en momentos de invasión.

Nada, que esta vez se llevaba la cosa adelante; el puente de piedra se hacía al fin, la obra empezaba, pero..... entra el diablo por medio y ataca el proyecto, y los planos y la obra sufren demora.

El diablo se metamorfoseó en folleto batallador, quedando molido en sus páginas el trabajo de Ibero.

Afirmaba el tal escrito que por razones de hidráulica no debía aceptarse dicho puente. A aquel folleto le salió otro al encuentro, defendiendo con sólidos argumentos el proyecto del arquitecto Francisco de Ibero.

Algunas voces salieron de tono, interviniendo en el asunto generales y ministros y el mismísimo rey Carlos III, habiéndose acordado que los planos fueran nuevamente estudiados, como así se hizo por una comisión nombrada al efecto, resultando triunfante el trabajo de Ibero, que fué á la vez felicitado.

Al cabo llegaba el ansiado día: San Sebastián iba á tener puente de piedra; empleóse todo un verano en levantar el primer pilastro con profundos cimientos de pilotaje.

Así las cosas, se recibió la infiusta nueva de fallecimiento de Carlos III, y esta ciudad celebró solemnes funerales en la iglesia de Santa María, levantándose en el centro del templo un magnífico catafalco, leyéndose en su cuerpo bajo esta inscripción en caracteres de oro sobre fondo negro: «Inlyt. Heroi. Amant. Princip. Carolus III, Hisp. Reg. cuius jheu dolor! infaust. vit. rescid. parc. ob. æter. grat. in. major. per. antig. Div. Mariæ Templo piet. Retig. Civ. Sti. Sebast. hoc. cœnotaph XVI Kal. Mart. anno M.DCC.L.XXXVIII.»

El siglo XVIII avanzaba ya hacia el ocaso; había muerto el arqui-

tecto Ibero; las obras de Santa Catalina se habían abandonado, y tampoco aquella generación conoció puente de piedra.

Y venga otra vez el puente de madera desvencijado y con los gastos de siempre; sobre él pasaron en 1793 los soldados de la convención francesa, hasta que abandonaron esta ciudad en virtud de la paz de Basilea, dejando á nuestros antepasados el triste recuerdo de haberse levantado la guillotina en medio de la plaza Nueva (hoy de la Constitución), decapitando á un cura y á un desertor franceses.

A los pocos años volvieron de nuevo los galos á San Sebastián, sin que de las murallas de esta población despertara ave alguna que denunciase la invasión, como tan oportunamente acaeció con los gansos del Capitolio en Roma.

Dijo Fernando el *Desceado*: «Es necesario que el enemigo entre en esa ciudad, y que ni mis tropas ni ese vecindario opongan resistencia.»

Y al pie de la letra se cumplió la orden de aquel rey tan *monumental*.

Durante la dominación de Napoleón se construyó puente nuevo de madera que fué totalmente quemado por los defensores de la plaza en 1813; desde entonces hasta el año 1819 se pasó con un puente provisional, en cuyo año la Junta de Obras de la localidad y el Ayuntamiento, procedieron con sus arbitrios á la construcción de otro puente, al que en 1823 se le cortaron dos arcos ó tramos, y en 1835 fué destruido por los liberales donostiarras al acercarse las tropas carlistas.

El año 1836, el general Evans formó un puente para operaciones, y después del convenio de Vergara se construyó por el arquitecto Echeveste el último puente de madera que nosotros conocimos y todavía en marea baja se observan las bases del memorable *zubi zarra*.

Y ahora llega el día feliz en que se realiza aquel deseo que San Sebastián acarició más de cien años: el puente de piedra.

Dos acontecimientos experimentó esta ciudad en el intervalo de pocos años.

El derribo de las murallas y la construcción del puente de Santa Catalina.

Para que la construcción fuera un hecho hubo necesidad de allanar obstáculos de monta, siendo entre ellos el de más difícil solución la llamada cuestión de peajes.

Este intrincado asunto fué resuelto con aplauso general por los inolvidables Joaquín Jamar y Maximino Aguirre.

Desde aquel momento el puente de piedra se imponía ya.

En Enero de 1870 se verificaba la subasta de las obras ante una concurrencia que invadía los salones y la escalera toda de la Casa Consistorial.

Comenzaron inmediatamente los trabajos, estando al frente de la empresa constructora José Antonio de Arsuaga, bajo la dirección facultativa del arquitecto Antonio Cortázar, autor de los planos del mismo puente.

El 23 de Junio del año 1872 se inauguró el ansiado puente de piedra, siendo aquel fausto día de gran gala para la ciudad de San Sebastián.

Este puente es justamente celebrado de todos, y fué, sin duda, uno de los principales trabajos que realizó el arquitecto Cortázar.

La longitud de estribo á estribo es de ciento veintisiete metros, y la anchura de doce.

El puente se compone de cinco arcos rebajados; cada arco tiene veintitres metros de luz, con seis metros y sesenta centímetros de flecha.

El espesor de las bóvedas en la clave es de un metro y va aumentando hasta un metro cincuenta en los arranques.

Las pilas están fundadas sobre seis hiladas de pilotes separados entre sí de ochenta centímetros.

Estos pilotes están cortados á dos noventa metros de la línea de estiaje.

La cimentación de este puente se construyó por pilotaje y hormigón.

Los macizos se componen de escogida piedra de Motrico y de caliza también de Loyola.

La obra de cantería es superior y trabajada toda con verdadero esmero.

Los pilares contienen escudos de armas de España, Guipúzcoa y de los cuatro partidos de esta provincia.

El coste total del puente excedió muy poco de noventa mil duros.

Nos ha parecido oportuno citar estos detalles que á nuestro entender resultan curiosos y que hoy pueden estar á la orden del día:

Hemos terminado lo que nos propusimos: el *árbol genealógico* de los puentes de Santa Catalina, ó mejor dicho, *genealogía hidráulica*.

Ahora, sea bien venido el nuevo vástagos, el puente de María Cristina, que ansiosa aguarda su feliz inauguración la moderna y elegante Donostia.

Sería una ingratitud, un verdadero delito de *leso donostiarismo*, si en este momento no tributáramos un recuerdo á aquel puente levadizo de Puerta de Tierra que desapareció en el derribo de 1863.

F. LÓPEZ-ALÉN.



FEDERICO MISTRAL

Para la Revista "Euskal-Erria"

El insigne poeta provenzal, á quien la Academia Sueca recientemente adjudicó la mitad del Premio Nobel (ya se sabe que la otra la obtuvo el no menos insigne literato D. José Echegaray), nació en Maillane, pequeña población de Provenza, el 8 de Septiembre de 1830.

Perteneciente á antigua y distinguida familia, originaria del *Delfinado*, se había establecido en Provenza desde el siglo XVI. Su padre, que era propietario de una finca grande, de un *mas*, como dicen en el país pintoresco de las cigarras. Allí, en medio de las meses doradas, bajo el cielo embriagado por la luz del sol, pasó Mistral su edad primera.

Duraute el día corría por los campos compartiendo las fatigas de los labradores y hablando con ellos de sus rudas faenas; por la tarde asistía á la comida, de la que participaban todos los obreros de la finca, presidiéndola, como un patriarca de otro tiempo, su padre, anciano ya, pues se había casado cuando tenía más de cincuenta años con la madre de Mistral; por la noche el grupo se estrechaba más junto al hogar, diciendo cada uno su canción ó cuento; á veces, el padre y amo, religiosamente escuchado, en voz alta leía el Evangelio; cada Nochebuena, él mismo solía colocar en la chimenea del vasto comedor el tronco sagrado, el *Bos Calenda*.

Esta vida rústica y patriarcal, que con sus mil detalles nos narra el poeta en el Proemio de sus «Islas de Oro», tuvo desdichadamente que dejarlo á la edad de diez años, mandándole sus padres al colegio de Aviñon.

Primero, el destierro resultó terrible para el pobre chiquito; después se complació en estudiar, volviendo á sentir el amor á su tierra natal, á su cielo siempre azul, en los poemas de Homero, de aquel otro cantor de la naturaleza, cuyo alumno se proclama en la primera estrofa de *Mireiò*, y en los de Teócrites, Virgilio, Chénier, Lamartine y Víctor Hugo.

Hasta entonces su amor para la naturaleza y para lo bello procedía en cierto modo del instinto; á consecuencia del trato diario que tuvo con los maestros del pensamiento poético, aprendió á expresarlo.

Así nació el poeta, en cuyo ánimo influyó sobremanera un acto del joven y distinguido profesor de su colegio, José Roumanille, natural de Saint-Rémi, aldea cercana de Maillane.

Roumanille, que tenía rimados unos versos provenzales, tuvo la idea de enseñarlos á su alumno, y para este fueron una revelación sublime.

Mistral, arrebatado por el entusiasmo, gritó: «*¡Vaqui l'aubo que moun amo esperavo pèr s'escarrabiha!*» (1).

El, que hasta aquel día había dudado, desde el momento tuvo la fe inquebrantable de que el idioma de sus padres, el en que había aprendido á rezar con su madre, el de los antiguos trovadores, todavía podía servir, como en otro tiempo, para cantar el amor de la querida Provenza.

Después de acabados sus estudios volvió á Maillane y al año siguiente, en 1848, escribió su primer poema *Li Meissoun* (Las Mieses), encantadora pintura de la vida campestre, escrita en una melodiosa lengua.

Pero al año siguiente le mandó su padre á Aix para que estudiase Derecho.

No sabemos si allí Mistral abandonó completamente la poesía para estudiar los Códigos romanos; es poco verosímil, y al menos permításenos creer que su estancia en la maravillosa capital de Provenza, en

(1) «*¡He aquí el alba que mi alma esperaba para despertarse!*»

medio de mil recuerdos de la vida antigua y de los grandiosos vestigios del mundo romano, tuvieron que hacer una impresión profunda en el alma del poeta, fortificándole todavía en su amor para la raza latina.

El año de 1851 volvió á la finca paterna con el diploma de licenciado en Derecho, y apresurándose á ahorcar en un rincón oscuro su toga de abogado, quiso empezar la realización de sus más caros sueños: el renacimiento literario de su patria amada.

En 1852, bajo sus auspicios, se reunió en Arles el primer congreso de poetas, pues ya eran casi una docena los que cultivaban con talento las musas provenzales; en dicha asamblea se discutió la reforma y establecimiento definitivo de la ortografía provenzal.

En 1853 reunieronse nuevamente los renovadores, *li Roumavagi dei Troubaire*, decidiendo la publicación de una colección de poesías provenzales titulada *Li Provençalo*.

En fin, el 21 de Mayo de 1854, en el histórico castillo de *Fontsegugne*, Federico Mistral, proclamado jefe ó *capoulie* de la nueva asociación, dió á los individuos de la misma el nombre misterioso de *felibres*, antigua palabra provenzal que significaba *maestro, doctor*, y que unos romanistas en estos años dicen originarse de la palabra castellana *feligrés*.

El mismo año uno de los *Felibres*, Teodoro Aubanel, se encargó de la dirección de *L'Armana Prouvençau*, órgano oficial de la sociedad, en el que anualmente debían los *Felibres* hacer la educación del pueblo, educación á la vez literaria y política; política en el sentido de que Mistral y la mayor parte de sus partidarios deseaban no sólo el renacimiento lingüístico y literario de su provincia, sino también la autonomía administrativa de la misma; autonomía y no independencia y no separación de Francia; autonomía y libertad foral, como la que desde los tiempos más remotos tienen en España las Provincias Bascongadas.

Con orgullo siempre, Mistral se declaró francés, y por grande que sea su amor á la tierra natal, es patriota ardiente, no robando amor á la patria francesa para dedicárselo únicamente á su querida Provenza.

Estos sentimientos los expresó con particular claridad en su *Oda á los Catalanes*, que les dirigió en Agosto de 1861, diciendo:

Li Catalan bén vouluntié
Sías de l'Espagno magnanimo (1).

y añadiendo que los *Felibres* son y quieren ser franceses,

Car es bon d'estre noumbre, es bèu de s'apela
lis enfants de la Franco (2).

En su *Oda á Rumánia*, repite, después de alabar la unión de todos los pueblos latinos, que «los Provenzales somos de la gran Francia sincera y lealmente».

Allí se halla destruida la leyenda de la pretendida disidencia de los *Felibres*, leyenda que fueron esparciendo los enemigos de la organización foral y federalista, la que, no obstante, podría ser un poderoso elemento de vida, de energía y de prosperidad para la patria entera.

Pero volvamos al poeta y al hombre de acción. Hasta entonces no había escrito Mistral sino piezas rústicas en las que enaltecía á los labradores y pastores.

En el año de 1860 dió á luz la inmortal *Mireiò*, el famoso poema, á la vez épico y rústico, que todos conocen gracias á la ópera magnífica que de tan maravilloso tema supo sacar con su talento genial el eximio músico Carlos Gounod.

Mistral dedicó este poema á Lamartine, con estos versos:

Te counsacre Mireiò; es moun core moun amo,
Es la flor de mis an;
Es un rasin de Crau qu'emè tutto sa ramo,
Te porge un païsan (3).

(1) Los Catalanes, de muy buen grado,
Estais de la España magnánima.

(2) Pues es bueno ser muchos, es bello llamarse
los hijos de Francia.

(3) Te dedico Mireiò; es mi corazón y mi alma,
es la flor de mis años;
Es una uva de Crau, que con todos sus ramos,
te envía un aldeano.

El mismo año vino á París, donde le hicieron una acogida triunfal; pero lejos de rendirse á las tentaciones de un éxito embriagador, pensó en las colinas bíblicas del país arlés, en la aridez de sus llanuras, en su cielo siempre azul, y menospreciando los vivas lisonjeros de los parisienses, volvió á su amada Maillane, donde todavía vive, donde, lo dijo siempre, quiere morir, frente á los collados que hicieron sus versos, alegrando su vista y descansando su alma.

No obstante, debía salir frecuentes veces de la aldea paternal para ir á los muchos congresos que celebraron los *Felibres* en Apt, en Saint-Remi, en Arles y otros lugares.

En el año de 1868, con el distinguido filólogo Paul Meyer y otros dos *felibres* convencidos, Bonaparte Wyse y Luis Roumieux, se marchó á Barcelona, á donde, desde Narbonne, les había llamado el poeta D. Víctor Balaguer para presenciar los *Jochs Florals* que, á imitación de los provenzales, los catalanes habían organizado en la ciudad condal.

Gracias al impulso de Mistral, el *Felibrige* había traspasado el Ródano, y enseguida los Alpes y los Pirineos.

Luego se formó una «Sociedad para el estudio de las Lenguas Romanas» en Montpellier.

De este modo el movimiento se hizo nacional, puesto que el *Felibrige* reunía entonces á Provenza, Languedoc y Cataluña, y en el año de 1874, con motivo del centenario de Petrarca, los *felibres* enaltecieron en Aviñón la idea de una unión latina entre Francia, España é Italia.

Entre tanto, el maestro escribía. En 1868 había publicado otro poema épico, *Calendal*; en 1875 se publicaron sus *Iselo d'or* (Islas de Oro), colección de poesías y discursos varios, en que se manifestaban las maravillosas cualidades de su estilo, sencillez, armonía y concisión, y la variedad poderosa de su genio; después escribió una novela histórica, *Nerto*, epopeya contemporánea de los Papas de Aviñón, premiada por la Academia Francesa, como ya lo había sido *Mireio*.

En 1884 volvió á París, donde le saludaron no sólo como al representante de una nueva escuela literaria, sino como al jefe de un gran pueblo.

En 1890 publicó una tragedia, la *Reina Jano*, aplaudida en todos los teatros del Mediodía de Francia y representada en París con bastante éxito.

En fin, el poeta, deseoso de dar á la lengua amada el arma necesaria para su defensa, escribió el *Tesoro de Felibrige*, extenso diccionario en dos tomos en folio de todos los dialectos del Mediodía. Hoy mismo sigue escribiendo sus *Memorias*, en las que, por ciertas composiciones escritas en el idioma nacional, aparecerá Mistral no sólo como un gran poeta provenzal, sino también como un literato francés de primer orden.

He aquí á grandes rasgos la vida del poeta Mistral; poeta, sí, pero más todavía que poeta hombre de acción, que lucha por el logro de un ideal, que más que nadie, sabrán comprender y elogiar mis lectores bas-
congados.

THÉODORIC LEGRAN
Archiviste-Paléographe

Paris, Enero—1905.



EL PADRE UNCILLA

Del interesante estudio biográfico que con motivo del fallecimiento del P. Uncilla ha publicado en *La Ciudad de Dios* el ilustrado escritor P. Conrado Muiños Sáenz, trasladamos á estas páginas los siguientes fragmentos:

«El P. Fermín de Uncilla Arroitajáuregui, era natural de Izurza, junto á Durango (Bizcaya), donde nació el 23 de Julio de 1852. Dedicado por instinto desde la niñez al estudio del divino arte musical, hizo en él tales progresos, que, ayudado por la naturaleza, á la que debió una hermosísima voz de barítono, á los dieciseis años obtenía por oposición una plaza de cantor en la catedral de Vitoria. Allí se depuró su gusto artístico en la comunicación con los mejores músicos en que tan fecunda es la tierra bascongada, entre ellos, si no me engaño, con Zubiaurre, que es hoy una gloria nacional, y allí vivía feliz, querido de todos por su carácter jovial y comunicativo, sus condiciones de artista que le abrieron las puertas de lo más escogido de aquella sociedad, y por su conducta irreprochable y digna de un joven cristiano, cuando á los veintiún años, en la plenitud de la vida, colmado de aplausos, halagado por risueñas esperanzas, comunicó á sus amigos asombrados su irrevocable resolución de hacerse religioso. El asombro fué general en Vitoria, y dada la filosofía vulgar y corriente, hay que reconocer que estaba justificado.

Quien no ha conocido al P. Uncilla de joven, ó á lo menos cuando todavía cantaba, no ha conocido al P. Uncilla. El día en que, por la pérdida del oído, se vió obligado á renunciar al canto, que constituía todas sus delicias y todas sus nobilísimas ilusiones, fué un día verdaderamente crítico en su existencia, que determinó un profundo cambio en su parte moral, y hasta en la física de rechazo.

Siempre fué en la parte física una arrogantísima figura de grave y varonil belleza; siempre fué en la parte moral noble, caballeroso, entusiasta y accesible á todos los sentimientos levantados; pero el hondo desencanto que experimentó en sus ensueños de artista, aunque aceptado, según su frase, *como castigo de Dios por do más pecado había*, le envejeció prematuramente en el cuerpo, dejó en su alma una huella de dulce y resignada melancolía, y quizá, y aun sin quizá, preparó la afección cardiaca que le ha llevado al sepulcro. Lo cierto es que el P. Uncilla estaba desconocido para los que le hemos tratado en su juventud, en los días de su gloria artística.

Aun bajo el hábito religioso, como yo siempre le he conocido, aun moderados sus movimientos y sus actitudes por la compostura religiosa, y excluida por la modestia toda pretensión de profano lucimiento, había que ver en sus mejores días, hasta los treinta y cinco de su edad, aquel cuerpo de aspecto prócer, de proporcionados y fornidos miembros, de esbeltas y elegantes líneas, coronado por una cabeza airosa y erguida, de correctísimas facciones, de negros ojos, aguileña nariz y color blanco y saludable; había que ver aquella figura bella hasta resultar magestuosa y en ocasiones imponente, en que se reunían armonizadas por maravillosa manera la frescura y lozanía de la raza euskara con la viveza y la intensa expresión de la raza castellana; había que verle sobre todo cuando cantaba, alta la frente, radiante la mirada, iluminado el rostro por el entusiasmo, gallardas las actitudes sin violencia ni afectación, transfigurado de pies á cabeza por la inspiración artística; había que verle así para conocerle á fondo, para apreciar lo que valía y saber hasta qué punto estaba justificada, dentro de la citada mundana filosofía, la extrañeza de los vitorianos.

Años después, cuando la reflexión del hombre maduro había templado los hervores de la juventud y algunos hilos de plata comenzaban á esmaltar su hermosa y poblada cabellera intensamente negra, yo he presenciado una escena elocuente como pocas.

Asistíamos los dos á una función religiosa de gran rumbo y apa-



M. R. P. Maestro Fermín de Uncilla

† en El Escorial el 10 de Diciembre de 1904

to, escogida concurrencia y selectísima música en la Parroquia de Santiago de Valladolid.

Tan pronto como vió al P. Uncilla, recién llegado de La Vid, donde había apreciado su valer, el inteligente Párroco de aquella Iglesia y después de la de San Sebastián de la Corte, mi llorado maestro don Manuel Pascual Pavía, puso tan decidido empeño en que cantase, que logró vencer su modestia y obtuvo de los músicos que le cediesen un solo de gran lucimiento y compromiso.

Mientras él repasaba con naturalidad el papel, que por primera vez veía, contemplábanle con mal disimulada compasión los músicos, que no muy seguros sin duda de la competencia musical del Párroco, y dando á sus ponderaciones un valor muy relativo, auguraban un fracaso proporcionado al atrevimiento de pasár á cantar desde una Comunidad religiosa á un público profano y exigente, y desde un convento situado en la soledad á la culta población que los vallisoletanos llaman con cierta presunción *la antesala de Madrid*.

Desde los primeros compases empezó á dibujarse en los semblantes la sorpresa, que se acentuaba cada vez más ante aquella voz, potente, limpia, vigorosamente timbrada, aquel soberano dominio y espontánea naturalidad con que la emitía, aquel delicado gusto con que la matizaba.

Al terminar, la sorpresa se había convertido en asombro; de abajo subió un confuso rumor que por respeto al templo no degeneró en estremoso aplauso, mientras en el coro le rodeaban entusiasmados los artistas prodigándole felicitaciones cordiales y recios apretones de manos.

Sentado en una silla, cruzado de brazos y sin hablar palabra, contemplábase entre tanto uno de los más eminentes, después gran amigo suyo.

—«¿Qué le parece á usted?» —le preguntaron.

El artista se hizo repetir un par de veces la pregunta, hasta que al fin contestó:

—«Que no lo entiendo.»

—«Pero ¿qué es lo que no entiende usted?»

—«Repito que no lo entiendo.»

—«Explíquese usted, hombre!»

—«Digo y repito que no entiendo cómo un hombre con esa voz y con esa figura se mete fraile. ¡Ese hombre se haría de oro en el teatro!»